

del Arte á lo terreno de la Industria; lo que redime al trabajo mecánico de la mano, de la ausencia de la venta y de la estima; y, eso, lo consigue con un bautismo dado con las dulzuras de la línea, la armonía de los matices, la espiritualización de la forma utilitaria y constructiva. Ese Arte, menos costoso, más aplicable, es también más comprensible para el mayor número de las gentes. Es una especie de periodismo sensible y económico de lo bello; es un Arte que canta y que razona; que sueña, pero que piensa; que viene de Atenas, que trata con Fenicia, pero que no se contamina con sus metales; jantes los emplea para acrecentar el testimonio de su mérito!

* * *

Vivid cuanto queráis,—las Artes puras, las Artes sólo bellas,—llenas de pristina y salvaje independencia; baños en la luz centellante del Olimpo; respirad, si podéis, el éter de la altura; amad el espacio sin vallas de lo infinito; pero no olvidéis que, en la vida social moderna, un puesto tenéis asignado. No ocupándolo, os priváis de ulteriores éxitos; priváis asimismo al público de vuestras grandes enseñanzas. Pensad para ello en el Arte decorativo: pocas obras hay que no tengan algo de ese carácter. Arte que no decora, hoy por hoy, se aprecia poco y produce con dificultad. No os asuste la palabra *decorativo*. Fidias no labró estatuas, bajo relieves, follajes y molduras, sólo para asombro del porvenir: no los hizo ciertamente para nuestros museos de ahora, sino para los tímpanos, las métopas, los frisos y las columnas de sus tiempos.

El Arte puro y el decorativo son hermanos, y, para su padre espiritual—lo Bello—no hay primogénitos ó Benjamines. A ambos les engendró en las entrañas de la Inspiración. Podrá ser, el uno, más reflexivo, y más desordenado de imaginación el otro; pero su origen es idéntico.

Los ángeles y los santos; los altares, los retablos, las custodias, de los templos; los bustos, los medallones, los símbolos y los monogramas, de los palacios; en los suelos, el mosaico incrustado y las alfombras tejidas; el calado en la ojiva; el cristal de colores en sus tréboles; el tapiz en la planicie del muro; el vaso en la hornacina ó en la consola; la blonda en el rostro de nuestras mujeres; la joya en sus manos; la cama, el armario, la silla, el espejo, la lámpara, la porcelana, el vidrio, el bordado, el tejido, el papel grabado, litografiado ó impreso; todo puede ser Arte bello y Arte útil á la vez: *bello*, sin perjuicio de la uti-

lidad social bien entendida: *útil*, sin menoscabo del fin moralizador que desde luego reclama el Arte con su más ligera aparición.

El Arte decorativo es, hoy, el práctico, el conocido, el renumerado por excelencia. Viste la árida desnudez del industrial producto ó acusa las perfecciones mudas de la forma geométrica ó mecánica: da al Arte puro ó bello,—á ese Arte grande, sublime, santo si se quiere, pero *Santo* al fin que antes predicaba mucho en el desierto,—da á ese Arte aplicaciones y desenvolvimiento que no tenía; fructifica en el hogar y en la calle; inicia en el gusto por las Artes y sostiene doquiera la presencia de lo bello en la plástica; acredita, en quien lo produce debidamente, un mérito igual,—mayor acaso,—que en quien, acaparando el título de artista, sólo hace Arte *esterilmente puro*. Es por lo mismo título de honra para el pueblo que lo ampara, jalón de su general cultura para el porvenir y pan para el presente.

Amémosle por lo que deleita, por lo que educa y por lo que produce.

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH.

HOMERO

(Continuación)

Homero del cual sabemos á lo menos con certeza esos pocos detalles, dió la primera impulsión á la poesía épica. Concretábase en celebrar la poesía antes de Homero por medio de cantos cortos y sin conexión alguna, acciones ó aventuras aisladas. La mitología hercica había enseñado el camino á los poetas agrupando en masas considerables los hechos é historias de los héroes más ilustres á fin de dar á cada una de esas masas una coherencia natural y una idea fundamental común. Una vez conocido el esbozo general de esos ciclos y tradiciones, tenía el poeta la ventaja de poder cantar un episodio, fué de la vida de Heracles, fué de uno de los siete jefes ante Tebas, ó de cualquier héroe de la guerra de Troya, con la certitud que la aventura individual había de ser comprendida en su enlace cíclico y que el auditorio se haría cargo de la intención y del objeto final á donde se dirigía la acción (en el primer caso, la apoteosis de Heracles; en el segundo, la destrucción fatal de Tebas y de Troya).

Contentarónse los rapsodas, sin duda, duran-